

otra suerte que acontece con la Mesa de la sagrada Eucaristía. Verdadero Sacramento de gracia<sup>1</sup>, gratuitamente se da todos los días á cualquiera que desea refocilar su espíritu, convidando á todos la Esposa de Cristo con aquellas palabras de Isaías: *Venid, comprad sin dinero y sin cambio alguno, vino y leche*<sup>2</sup>. La otra mesa de la divina palabra también está siempre puesta, siempre al alcance de cuantos tienen hambre y sed de justicia y de verdad.

No puede negarse con qué prodigiosa abundancia se dispensa el pan de la instrucción moral y religiosa por manos de la Iglesia en el seno del catolicismo. Vese dondequiera cumplirse el vaticinio de Zacarías: *En aquel día habrá una fuente manifiesta en la casa de David*<sup>3</sup>. ¿Será esto mismo, hermanos míos, ocasión de que ya no se aprecie lo bastante? La generosa prodigalidad con que se brindan estos tesoros, ¿será tal vez motivo de que se miren con desdén por un gran número de fieles, que no se dignan siquiera acudir al templo á oír la predicación evangélica? ¡Desgraciados pueblos aquellos en donde, ya por falta de ministros, ya por obra de pérfida propaganda entre la gente incauta, ha caído en desuso la saludable costumbre de escuchar la palabra de Dios anunciada en los púlpitos, principalmente en estos días clásicos de la santa Cuaresma! ¿Qué medio de corregir las costumbres ni de santificarse les queda á esas pobres almas\* que, alejadas de los templos, no pueden menos de vivir adormecidas en una crasa ignorancia de sus deberes religiosos y morales, y entregadas á un total abandono de aquellas

<sup>1</sup> Eucaristía = buena gracia.

<sup>2</sup> Is. 55, 1.

<sup>3</sup> Zach. 13, 1.

prácticas indispensables para la salvación? Por el contrario, bien podéis llamar dichosos aquellos religiosos países en que, por singular predilección del cielo, se ha mantenido en su vigor, pureza y santa libertad la predicación de la divina palabra, como ha acaecido felizmente entre vosotros. Dad gracias infinitas á la divina clemencia, que ha hecho con vosotros lo que no ha solido hacer con otros pueblos, pudiéndose aplicar aquí la observación del Rey Profeta: *Non fecit taliter omni nationi*<sup>1</sup>. . . . En efecto, ¿cuántas naciones, donde en otras épocas, cuando allí florecía la fe de Cristo, resonaba con toda su energía la palabra santa, carecen el día de hoy de este inmenso beneficio del cielo, amordazados tal vez los labios de los ministros de la Iglesia, y condenadas millares de almas á morir de hambre por falta de quien les distribuya el pan del cielo! *Los pequeñuelos pedían pan, y no había quien se lo partiera*<sup>2</sup>. Sabed, no sólo agradecer, sino también corresponder á la merced tan señalada que os hace Dios convidándoos todos los días á gozar de la abundancia de este opíparo banquete de la divina palabra, dispuesto siempre en vuestros templos. Y, para ver de aprovecharos mejor en adelante de este don de Dios, reflexionad hoy conmigo sobre las disposiciones necesarias para oír con fruto la palabra del Señor.

## II.

7. Os diré desde luego, hermanos míos, que estas disposiciones tienen también mucho de común con aquellas que exige la participación digna y fructuosa de la sacrosanta Eucaristía. Y en primer lugar, exigese

<sup>1</sup> Ps. 147, 9.

<sup>2</sup> Thren. 4, 4.

verdadera hambre ó deseo ferventísimo de oírla y apacentarse de ella. Porque, si la palabra de Dios es fuente de aguas vivas de esas que saltan hasta la vida eterna<sup>1</sup>, y, por otra parte, nuestra pobre alma está abrasada en el fuego de las pasiones y agostada por el soplo ardoroso de los vicios; ¿cómo no exclamar con el Profeta, á la vista de ese manantial: *Como el ciervo sediento se abalanza á las fuentes de las aguas, así mi alma suspira por ti, Dios mío*<sup>2</sup>? ¿No es con esta ansia cómo debe el cristiano recibir el cuerpo de Cristo sacramentado? «Muchos verdaderos devotos, dice el autor de la *Imitación de Cristo*, por el gran deseo de comulgar y por el amor sensible de su corazón, no pudieron detener las lágrimas, sino que con la boca del corazón y del cuerpo anhelaban afectuosamente á Ti, Dios mío, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo y ansia espiritual. ¡Oh verdadera y ardiente fe la suya, prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este Sacramento!»<sup>3</sup> Pues con no menos vivas ansias es necesario acercarse á la otra Mesa, donde se recibe, no el cuerpo, sino el espíritu de Cristo, encarnado en su palabra. Y el no experimentar este anhelo, esta hambre y sed de la palabra santa, ¿qué prueba, amados fieles, sino falta de fe viva y verdadera en la divinidad de esa palabra? Óyese con entusiasmo, tal vez loco, la palabra fascinadora de un orador elocuente; y ¿no se escuchará sino con fastidio y por mera rutina la palabra del Verbo de Dios? ¿Es posible que, lejos de excitar vivos deseos de saborearla, sea

<sup>1</sup> Io. 4, 14.      <sup>2</sup> Ps. 41, 1.

<sup>3</sup> Imit. Christi lib. IV, cap. 14.

mirada esa divina vianda con profunda indiferencia el día de hoy por una inmensa porción de cristianos, ávidos, por lo común, de diversiones profanas, sedientos de goces materiales, pero enemigos de la seriedad y gravedad de nuestros actos religiosos, no destinados por cierto á satisfacer la vana curiosidad de los sentidos, sino puramente enderezados á reavivar los sentimientos de compunción que deben purificarnos y hacernos mejores? Y aun no es esto lo más deplorable. Aparte del gran número de fieles que, alejados del templo, aun en este tiempo santo, desoyen totalmente la voz de Dios y de la Iglesia, hay no pocos que llevan hasta el fondo del santuario, hasta el pie de la sagrada cátedra, el hastío de la santa verdad, asistiendo puramente con el cuerpo á la predicación, impelidos por cualquier motivo de carácter frívolo, la curiosidad, la costumbre, hasta la vanidad y la sensualidad, menos por el deseo sincero de aprovecharse de las divinas enseñanzas para su salvación. ¿Qué frutos de vida eterna pueden esperarse de unas disposiciones tan contrarias á las que pide la palabra de Dios? ¿puede ser de provecho para el enfermo un alimento tomado con invencible repugnancia? El vacío del corazón, la anemia espiritual será la fatal consecuencia de ese hastío, según la sentencia de la Virgen Santísima en su Cántico: *Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*<sup>1</sup>.

8. Despréndese de lo dicho, hermanos míos, cuán necesaria disposición sea para aprovechar la eficacia de la palabra divina, el espíritu de fe que engendra en el oyente un santo respeto y religiosa reverencia. Y esto es, desgraciadamente, lo que, por ventura, escasea más

<sup>1</sup> Luc. 1, 53.

en nuestros días. Óyese en todas partes, hasta en el templo, con los sentidos exteriores, no con los oídos del espíritu; por eso no se oye más que al hombre que habla á la razón ó á los sentidos, pero no se escucha á Dios que se dirige al corazón para inflamarlo, después de ilustrar el entendimiento con luces superiores. De aquí depende, si no me equivoco, la esterilidad en que ha caído generalmente la predicación en nuestros días. No sucedía así en aquellos felices tiempos de la predicación apostólica, cuando escribía el Apóstol á los piadosos cristianos de Tesalónica<sup>1</sup>: *Cuando hicimos llegar á vuestros oídos la voz de Dios, recibisteis nuestra palabra, no como palabra de los hombres, sino, según lo es en realidad, como palabra de Dios, el cual por medio de la fe obra en vosotros el bien.* Notad el por qué de la virtud operativa de la palabra apostólica; esto es, el espíritu de fe con que se escucha y recibe: *Operatur in vobis qui credidistis*; ella obra en los creyentes prodigios de santidad. Mas ¿qué puede hacer si se la desvirtúa por la incredulidad, si no se acepta como palabra de Dios? ¿Qué fruto, pues, tienen derecho á prometerse de la asistencia á los sermones, siquiera sea asidua y atenta, aquellas almas que, en mayor ó menor grado, participan del espíritu del mundo, tan opuesto al espíritu de la fe, como á la sencillez del evangelio? Tal es el espíritu de murmuración y de censura, el espíritu intemperante, reprobado por el Apóstol<sup>2</sup>, de saber más de lo que conviene para la salvación acerca de las verdades mismas reveladas por Dios. Y ¿no es éste, digámoslo con franqueza, el espíritu dominante en los auditorios religiosos de nuestras grandes ciudades?

<sup>1</sup> 1 Thess. 2, 13.<sup>2</sup> Rom. 12, 3.

¡Cuántos no concurren al templo, más bien como jueces y censores del orador sagrado y de la predicación misma, que como discípulos de Cristo que anhelan aprender la verdad de los labios del Maestro, y como reos que van al templo á llorar y compungirse en la presencia del Señor, oyendo humildemente sus divinas amonestaciones y terribles amenazas! Lloraba amargamente el pueblo judío oyendo de los labios de Esdras las prescripciones de la Ley del Señor<sup>1</sup>. Sí, lloraba de alegría y reconocimiento, lloraba de ternura y de pesar por haber olvidado esa ley santa; lloraba, y en ese llanto manifestaba los sentimientos que produce en toda alma poseída del espíritu de fe, la promulgación de la palabra de Dios.

9. Hay, finalmente, una disposición que podemos llamar próxima, para escuchar con fruto la divina palabra, y es el espíritu de gratitud y de amor con que se la oye, nacido del amor mismo de la persona que nos habla. ¿Cómo no han de mover eficazmente el corazón palabras que se escuchan con cariño, como las de un padre y de un amigo? Y ¿no son tales, amados oyentes, las palabras que salen de la boca de Dios? ¿Cómo, pues, no amarlas? ¿cómo no recibirlas, no sólo con respeto profundísimo sino con entrañable amor, con vivo reconocimiento? ¡Almas dichosas que escucháis con esta disposición las palabras de Jesús! ¡Cuánta dulzura no experimentáis al mismo tiempo que os sentís iluminadas y encendidas en el amor del Sumo Bien! Vosotras gustáis de ese divino manjar por lo bueno y delicioso que es en sí, no, como los espíritus superficiales, por el sabor literario y gusto estético con que pueden

<sup>1</sup> 2 Esdr. 8, 9.

ofrecerlo á los oídos humanos los ministros é intérpretes, más ó menos fieles, de la palabra.

Porque, en efecto, hay muchos que gustan de oír á los predicadores famosos, y se extasían tal vez escuchando las bellezas que brotan de los labios de maestros consumados en el arte de bien decir, pero que, al retirarse del templo entusiasmados por el orador, no llevan más que la satisfacción de haber gozado durante un breve rato del placer, muy noble ciertamente, pero muy estéril, que produce en el alma el acento vibrante de una avasalladora elocuencia. ¿Sacarán éstos verdadero y sólido provecho de la palabra de Dios? No, cristianos; porque el gusto con que la han escuchado, no tenía nada que ver con el amor de la palabra misma, siendo un sentimiento meramente humano, causado por la palabra del hombre facundo y elocuente. ¿Sabéis cómo debe acercarse el alma fiel al banquete de la divina palabra? Pues con un amor semejante al que siente cuando se llega al banquete de la Eucaristía. ¿Qué hay aquí que ejerza algún atractivo sobre la imaginación y los sentidos? Nada, ciertamente, en medio de aquella admirable sencillez de las sacramentales especies; y, sin embargo, ¡cuánta no es la dulzura del amor que allí derrama la presencia real de Jesucristo, y de que gozan sus verdaderos amadores! ¡Ah! ¡no oigamos, pues, la voz del que nos habla desde el púlpito con aquellas disposiciones del voluptuoso Agustín, que no del convertido y santo! «Escuchando en Milán al gran Ambrosio, dice, miraba con desprecio las cosas y me recreaba con la suavidad de las palabras.»<sup>1</sup> Dios no nos ha hablado para deleitarnos, sino para santificarnos. La Iglesia no

<sup>1</sup> Conf. lib. V, cap. 13.

nos congrega en los templos á escuchar la palabra de Dios para darnos algunos momentos de solaz y contentamiento espiritual, sino para hacernos entrar dentro de nosotros mismos y echándonos en cara nuestros desórdenes, hacernos gemir en la presencia del Señor, y estimularnos á la penitencia. No desvirtuemos, pues, hermanos míos, la divina palabra. No abusemos del don de Dios á nosotros concedido por la soberana clemencia que no quiere abandonarnos en el camino de nuestros extravíos. Y tengamos por cierto que, si con las debidas disposiciones recibimos en este tiempo santo la palabra del Señor, sabremos también hacernos dignos de participar, á la hora señalada por nuestra Madre la Iglesia, de las dulzuras inefables de la sagrada Eucaristía, precursoras de las delicias eternas de la gloria. Así sea.

#### DOMÍNICA DE PASIÓN.

#### La Pasión de la Palabra de Dios.

Ego honorifico Patrem meum, et vos inhonorastis me.

Yo honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado á mí.

Io. 8, 49.

1. Condición general para el triunfo de cualquier causa es la lucha; y así, para sacar triunfante la bandera de la gloria divina, empresa sobrehumana del Redentor del mundo, era preciso que librarse la gran batalla de la sagrada Pasión. La Pasión de Cristo ocupa el día de hoy, hermanos míos, todo el pensamiento y el corazón de la Iglesia católica. Ella debe ocupar también el nuestro, en vísperas como nos encontramos de la gran solemnidad á que la Esposa de Cristo con-